

# Políticas públicas para una escuela inclusiva<sup>1</sup>

**Alberto Sileoni**

En qué estado nos encuentra el regreso a la presencialidad plena, qué consecuencias dejó la pandemia (que aún se resiste a irse), cuáles han sido sus efectos en la escuela y qué políticas deberíamos implementar serán algunas de las reflexiones que trataremos de compartir en este breve artículo.

Sabíamos que las comunidades educativas, después de dos años de tanto sufrimiento y aislamiento, disfrutarían mucho del reencuentro. Así ocurrió. Educación y pandemia se llevan muy mal, ya que, más allá de la tarea insustituible que tiene la escuela respecto de los aprendizajes y la transmisión de conocimientos, también comprende una dimensión vincular, decisiva: se trata del encuentro con otras y otros. La escuela nos enseña la necesidad del prójimo, y su labor se encamina a consolidar el *nosotros*, ese “pronombre peligroso” del cual nos habla Sennet.<sup>2</sup> Esa

1 Agradezco una vez más la invitación que nos hace nuestra querida Universidad Nacional de Hurlingham para participar de un nuevo anuario. Una joven tradición, siempre bienvenida.

2 Richard Sennet, *La corrosión del carácter*, Barcelona, Anagrama, 2000.

comunidad se rompió, estuvo ausente durante la larga noche de la pandemia.

Es casi paradójico, pero en el prolongado tiempo de excepción advertimos, a la vez y con la misma intensidad, lo imprescindible que resultan los recursos tecnológicos en nuestras aulas y la insuficiencia dramática de educarse sin lazos, casi en soledad. Los *tecnoeducadores* que sostenían que algún día la tecnología sustituiría a las maestras y los maestros se llevaron un chasco, pues comprendieron que, junto con la tecnología, resulta imperioso, igualmente, profundizar las relaciones humanas.

*Vínculo* es una bella palabra, cuya etimología remite a “cadena”, que en este caso no son las de la esclavitud, sino aquellas que nos unen con los y las demás. Esa relación vincular responde afirmativamente a aquella interrogación transhistórica: sí, debemos ocuparnos de nuestros hermanos y hermanas.

Era previsible que la pandemia traería mayor deterioro para los sectores más vulnerables. Siendo necesaria –reforzamos, imprescindible– la tecnología para adquirir conocimientos en tiempos excepcionales, su carencia se convertía en un obstáculo insuperable para miles de niños, niñas y jóvenes. No, no es posible educarse con un teléfono celular que, además de ser de uso compartido, carece de datos móviles y de buena señal. En este punto, es justo recordar la defeción del neoliberalismo, que eliminó el Programa Conectar Igualdad y, de ese modo, privó al sistema educativo (a sus estudiantes) de alrededor de 4 millones de *netbooks* que hubieran resultado una herramienta fundamental para los estudiantes de los sectores más desfavorecidos.

La escuela es un espacio público, igualador y, al contrario, la casa es un espacio privado, opaco, donde no interviene

el Estado, ausencia que provoca en los más pobres intemperie y desvalimiento. La presencia real y concreta de los niños y las niñas frente al maestro los iguala respecto del conocimiento, en una escena escolar en la que no media tecnología alguna. Aunque obvio, lo repetimos: la pandemia profundizó las desigualdades económicas, territoriales, de género, tecnológicas y educativas, y provocó un enorme retroceso.

En la provincia de Buenos Aires, su paso ha dejado lecciones y enseñanzas. Destacamos los innumerables actos de entrega y compromiso por parte de las y los docentes, que cumplieron con su deber más allá de su obligación, además de los innumerables esfuerzos realizados por niños, niñas, jóvenes y familias que se han acercado a las escuelas, apoyándolas. Parecería que la pandemia produjo un acercamiento de las familias a la escuela, ya que les permitió comprender (y valorar) mucho más la labor cotidiana de maestras y maestros. Los días de clausura con hijos e hijas en casa han sido una oportunidad única para reconsiderar y ponderar la obra que las y los educadoras realizan, enseñando y amando, ofreciendo así, al mismo tiempo, abrigo y conocimiento. Por otra parte, la pandemia también nos dejó un saldo amargo, por los y las estudiantes desvinculados o distantes de la escuela, y por los aprendizajes perdidos en ese prolongado tiempo de lejanías.

Para subsanar ese daño, desde septiembre del año 2020 en la provincia de Buenos Aires hemos puesto en vigencia el Programa de Acompañamiento a las Trayectorias y Revinculación (ATR), que ha pasado por sucesivas etapas hasta la actualidad. Al comienzo, la tarea consistía en ir a buscar a sus domicilios a los 278.500 estudiantes, sobre todo del nivel secundario, que se encontraban en la frontera del abandono.

Asimismo, se distribuyeron materiales de estudio y orientaciones didácticas para resolver problemas y se brindó acompañamiento hasta retomar los vínculos escolares. Para lograr ese objetivo, se incorporaron alrededor de 22.000 docentes, que asumieron la búsqueda y el reforzamiento de los aprendizajes.

Hacia enero de 2021 se implementó una nueva etapa, Verano ATR, que contenía las propuestas recreativas propias del tiempo estival, e incluía un espacio para implementar estrategias pedagógicas; posteriormente, en febrero, la acción de recuperar aprendizajes se comenzó a hacer a través de intensificaciones presenciales, los días sábados y en horarios a contraturno. Ese nuevo ciclo, denominado Fortalecimiento de las Trayectorias Educativas (Forte), sumó más de 100.000 horas de trabajo docente adicionales, y puso en práctica la denominada *promoción acompañada*, aplicada, sobre todo, a las áreas pendientes de aprobación. Entre las medidas adoptadas, mencionamos la incorporación de 3625 nuevos cargos para los Equipos de Orientación Escolar (EOE), una demanda muy sentida por tratarse de profesionales dedicados a sostener la convivencia y la salud integral en las escuelas.

Todas las acciones realizadas desde el inicio del Programa ATR dieron sus frutos: de 278.500 estudiantes que presentaban en septiembre de 2021 trayectorias educativas discontinuas (un 8,3 % de la matrícula total) en estos días de junio de 2022 –mientras escribimos estas líneas–, quedan 31.600 en esa situación, cifra comparativamente muy menor, pero igualmente preocupante. Estamos satisfechos por los estudiantes recuperados para el sistema educativo y somos conscientes del desafío de recobrar la presencia de miles que aún están lejos.

Desde el 1º de abril de este año, el programa entró en una nueva fase, caracterizada por el acompañamiento de las trayectorias de los alumnos ingresantes a cada nivel: clases de intensificación de la enseñanza, talleres de lectura, escritura y matemática en el nivel primario, articulación entre niveles y orientaciones para el ingreso y egreso en el nivel secundario. Estas acciones pedagógicas serán sometidas a una constante evaluación, lo que nos permitirá redefinir metas y objetivos para los periodos siguientes.

Consideramos que después de la pandemia las tareas de reconstrucción que nos quedan están a la vista y deberían ser objeto de consenso. Lo primero, está dicho, es que retornen todos aquellas y aquellos estudiantes que quedaron lejos; esa es una tarea ética, política y pedagógica prioritaria. Junto con esto, es preciso recobrar los aprendizajes perdidos, sobre todo los conocimientos básicos referidos a lengua y matemática en primaria y secundaria, en donde, una vez más, los estudiantes de los sectores más vulnerables, sin recursos tecnológicos, son los que más han sufrido. Hemos dispuesto para el nivel primario tomar dos pruebas de Prácticas del Lenguaje y de Matemática (una en cada cuatrimestre) a los 592.000 alumnas y alumnos de tercero y sexto año. El propósito es reconocer en qué lugar están –estamos– respecto de los aprendizajes, y analizar los resultados en relación con los conocimientos esperables, según el año que cursan.

Con los equipos directivos, inspectores, maestros y maestras trabajaremos para recuperar todos los conocimientos, priorizando a las y los estudiantes que requieran más atención. Para ellos, implementaremos los Centros de Actividades Socioeducativas, Culturales y Comunitarias (CASCYC) en barrios populares. Su objetivo es promover la inclusión,

revinculación y fortalecimiento de las trayectorias de los niñas, niños, adolescentes y jóvenes de los 1867 barrios registrados en el Registro Nacional de Barrios Populares (Renabap). En una primera etapa está prevista la conformación y puesta en marcha de 500 centros, donde se encuentran las mayores muestras de vulnerabilidad social y educativa. Ubicamos los centros utilizando datos y mapeos propios, además del Índice de Vulnerabilidad Barrial (IVB), que revela la existencia de 814 escuelas ubicadas en 39 distritos del conurbano bonaerense. Esos centros están integrados por docentes, talleristas y auxiliares, además de por profesionales con formación en psicología o psicopedagogía y trabajadores y trabajadoras sociales; su tarea será atender prioritariamente a las y los estudiantes de todos los niveles y modalidades que tengan trayectorias intermitentes o en desvinculación.

Es necesario continuar el ambicioso programa de infraestructura: construir nuevos establecimientos y reparar y ampliar centenares de escuelas, a través de grandes intervenciones. Se han inaugurado 82 escuelas y comienzan a concluirse una serie de 80 jardines de infantes más, construidos en conjunto con el Ministerio de Educación de la Nación.

Cualquier esbozo de futuro posible deberá tener a todas y todos los alumnos pertenecientes a la educación obligatoria incluidos en la escuela. No habrá trayectorias educativas sostenidas y aprovechadas si no cumplimos esta condición. Nos hemos puesto a caminar, pero aún falta mucho. A poco de cumplir cuarenta años de democracia, estamos satisfechos del camino realizado, pero aún persisten muchas deudas, sobre todo con *los últimos*, con los que más necesitan.

Los dolores que ha dejado la pandemia refuerzan la necesidad de sostener las políticas públicas en el tiempo. En una

sociedad compleja y enfrentada como la nuestra, es imperioso arribar a consensos sobre objetivos educativos prioritarios. Para lograrlo, deberíamos escoger metas que eludan las definiciones ideológicas y no traten de movilizar historias hostiles. Comenzaría por inversión en infraestructura, distribución de tecnología, libros y materiales didácticos, construcción y mantenimiento de escuelas, condiciones laborales dignas, énfasis en los aprendizajes básicos, lectura comprensiva, matemática, relación entre educación y trabajo... En fin, enunció algunas metas donde parecería posible llegar a acuerdos con todos los sectores. Quizá sea una tarea a encarar fuera de los tiempos electorales.

Urge asegurarnos, que –cualquiera sea el sesgo de los gobiernos futuros– habrá recursos garantizados, inversiones indiscutibles, objetivos respetados sin reparos, para educación, ciencia y tecnología, y para proteger y resguardar a nuestras niñeces y juventudes. Resulta doloroso pertenecer a una sociedad que reiteradamente incumple sus objetivos. Quizá estos temas puedan ser la herramienta para romper esa tendencia.

